

Universidad del Rosario

Escuela de Ciencias Humanas

Maestría en Periodismo

Trabajo de grado:

Los kichwas colombianos que tejen su lugar en Sesquilé

Autor:

Roberto Ángel Páez Viteri

Directora:

Fernanda Barbosa Dos Santos

2018

Los kichwas colombianos que tejen su lugar en Sesquilé

Asentada en la planicie de Cundinamarca, Sesquilé se ha convertido en la cuna de las civilizaciones precolombinas. Allí, a pocos kilómetros de la laguna del cacique Guatavita donde se originó la leyenda de El Dorado, el desarrollo de culturas marcó la trascendencia del lugar durante varios siglos. Hogar original de los muisca, quienes se apropiaron de este terreno, el municipio ya suma casi 14.000 residentes, pero 84 de estos tienen un origen particular.

Un dibujo peculiar en una vivienda sorprende a quienes toman la vía para ingresar a Sesquilé desde la Autopista Norte. Un indígena risueño vistiendo una ruana y un sombrero es el protagonista de esta imagen. Inmediatamente se lee Tejidos Otavalo, junto con un número telefónico y un correo electrónico.

Quienes transitan por ese sector no se imaginan que dentro de esa gran casa blanca haya cinco máquinas con las que se elaboran ruanas, abrigos, bufandas, entre otros.

El poblado ya suma casi 14.000 residentes, pero alrededor de un centenar tiene un origen particular enmarcado con la historia del protagonista del dibujo. Sesquilé es un pueblo cundinamarqués que por tradición guarda una riqueza histórica para Colombia. Allí, a pocos kilómetros de la laguna del cacique Guatavita, se originó la leyenda de El Dorado.

Los españoles en la época de la conquista pensaban que los incas tenían una ciudad llena de oro y que se levantaba cerca de esta laguna, pero allí los chibchas hacían una ceremonia en la que su nuevo cacique era envuelto en polvo de oro y entraba al lago. Pese a las expediciones que organizaron nunca lograron encontrar esas edificaciones. Hoy, en la zona se levanta un mirador que forma parte del recorrido turístico por el lugar.

En 1978, Juan Cushcagua llegó a Sesquilé y desde entonces no se ha ido. ‘Papá Juan’, como lo conocen en su familia, era un comerciante de tejidos proveniente de la pequeña comunidad de Agato, cercano a Otavalo, en Ecuador. Su arribo a esta localidad que no supera los 150 kilómetros cuadrados fue por coincidencia.



Juan Cushcagua llegó a Sesquilé en 1978.

Cuenta que un viaje a Guatavita para comercializar sus tejidos lo condujo a su ‘nuevo hogar’. En un letrero que decía ‘Se Vende’ vio la manera de hacer crecer su negocio. ‘Papá Juan’ dejó su vivienda pequeña en Bogotá por pedido de los arrendatarios y por la adquisición de un gran telar. La negociación la hizo con Benicio Molano, quien le pidió por ese lote esquinero 100.000 pesos, precio irrisorio en la actualidad, pero que en esa época era una cantidad razonable. Actualmente un terreno similar en la zona no cuesta menos de 25 millones de pesos. Aclara que se quedaron en este lugar por lo espacioso.

Los otavaleños son viajeros por el comercio, dice Samuel Cushcagua, yerno de ‘Papá Juan’. Por esto se explica la ruta que tomó la familia Cushcagua hasta llegar a Cundinamarca y que queda en evidencia en el artículo Migraciones de los Kichwas-Otavalo en Bogotá de Thomas Ordóñez, Fabio Colmenares, Anne Gincel y Diana Bernal, con el que reconstruyen el trayecto realizado por los kichwas entre Otavalo y Bogotá.

Actualmente en la entrada a Sesquilé se asientan alrededor de seis familias, todas con orígenes otavaleños. Ellas formaron el ya reconocido por el Estado, Cabildo Indígena Kichwa de Sesquilé.



Sesquilé se encuentra a aproximadamente una hora de Bogotá. Cuenta con 14.000 habitantes.

Sesquilé no solo guarda una relación histórica con Colombia, también tiene un paisaje similar al de Otavalo. La laguna de Guatavita, que queda aproximadamente a 30 minutos de este municipio, simula la cercanía de los otavaleños con la laguna de San Pablo, a tan solo 15 minutos de esta ciudad. Parece que el destino los agrupó lejos de su patria, pero a la vez tan cerca.

Lenguas que unen

El nombre también guarda cierta similitud con su nuevo destino. Sesquilé proviene del vocablo chibcha *sisquis bteib* y significa “Agua Caliente” o “Boquerón de la Arrollada”. Mientras que en el mismo vocablo Otavalo significa “en lo alto grande laguna”.

Los otavaleños tienen una característica principal y es que su labor está encaminada al tejido y uso del telar. Justamente este es uno de los aspectos que sobresalen de este asentamiento.

Junto a la sala de la familia Cushcagua se levanta una estructura de madera de dos metros de alto, unida por ruedas y pedazos de metal que están rodeados de hilos, este es el gran telar que provocó la inminente migración interna aún se mantiene y es aquel que les permitió construir un futuro en el que lograron desarrollarse comercialmente, así como también lograr una estabilidad económica y un reconocimiento local.

De un telar de madera a tener grandes máquinas metálicas está el reflejo de las oportunidades que aprovechó la familia Cushcagua. En medio de las planicies cundinamarquesas, Sesquilé es el punto donde el tiempo parece ir lento. El silencio del lugar solo se rompe con el viento que susurra por momentos. Su gran iglesia en la plaza central lo contagia de serenidad. 'Papá Juan' lo recuerda muy distinto, con sus habitantes dedicándose al campo y con inseguridad, al parecer la presencia de la comunidad kichwa transformó esto, según ellos recuerdan. Ahora su relación con los pobladores es diferente a los primeros años, gozan de mayor reconocimiento y atrás parece haber quedado la discriminación y los malos tratos recibidos.

Los kichwas ahora gozan de mayor presencia en el municipio y la Gobernación de Cundinamarca. En el plan de desarrollo de Sesquilé, un miembro de la comunidad kichwa fue incluido en el Consejo de Planificación, mientras que la Gobernación, en el 2016, agrupó 51 proyectos para las comunidades indígenas (muiscas y kichwas) de Sesquilé, como son: "dotar, elaborar y comercializar todas aquellas actividades de tejidos artesanías y actividades propias de la comunidad kichwa".

Los muiscas fueron los colonos de estos territorios, pero luego desaparecieron dejando huérfano a Sesquilé. Hoy ellos (muiscas) enfrentan un proceso de conformación de un nuevo reagrupamiento con los descendientes, en el que ya se espera la confirmación de una sentencia en segunda instancia para que constituyan un resguardo. El Ministerio del Interior lo define a este como una institución legal y sociopolítica con carácter especial que integran una o más comunidades indígenas y cuentan "con un título de propiedad colectiva que goza de las garantías de la propiedad privada, poseen su territorio y se rigen para el manejo de este y su vida interna por una organización autónoma amparada por el fuero indígena y su sistema normativo propio".

Por ahora los kichwas son reconocidos como cabildo indígena, es decir, como una entidad pública cuya función es "representar legalmente a la comunidad, ejercer la autoridad y realizar las actividades que le atribuyen las leyes, sus usos, costumbres y el reglamento interno de cada comunidad". El 4 de abril de 2014 lograron este reconocimiento, pero su organización política ya contó con gobernador desde el 2006. Hasta la fecha, la comunidad ha tenido cuatro líderes diferentes.

El antropólogo Andrés Vargas, quien realizó una investigación en la comunidad, cuenta que el proceso que hace el Ministerio para otorgar esta distinción depende muchas veces del criterio de un profesional de esta rama. "El hecho de que el Estado dé el

reconocimiento les da unas garantías y unos privilegios, y no quita su esencia como indígena”, aclara y explica que se puede dar el caso en que una comunidad indígena no tenga un cabildo constituido y por eso no dejan de ser indígenas, aunque el Estado no los reconozca. Pese a que este no es el caso de los kichwas, la dinámica de su propia cultura y del entorno provoca que aún se vean cambios en tradiciones y costumbres.

Un comienzo difícil

La llegada de los primeros kichwas a Sesquilé no fue fácil. En un principio, la discriminación y falta de apoyo de los pobladores se notaba en las expresiones que los denominaron “los ecuatorianos”.

“Ellos (los primeros pobladores) no dejaron que eso les afectara y se dedicaron a trabajar”, dice Samuel, quien actualmente es el gobernador del Cabildo.

En la investigación que realizó Vargas se recoge el testimonio de un poblador que recuerda los incidentes que se registraron al aumentar la presencia de esta comunidad.



Varias de las familias kichwas de Sesquilé se dedican al tejido.

“Las personas enviaban cartas para que los sacaran del pueblo, pero con el tiempo nos dimos cuenta que eran gente trabajadora y se quedaron”.

Estas ofensas solo quedaron en la memoria de las primeras generaciones.

Su participación en los procesos de la Gobernación y la Alcaldía los ayudó a integrarse. Entre la misma comunidad el término ecuatoriano era utilizado como un insulto.

Para el gobernador Samuel, el ser ecuatoriano no representa algo negativo; sin embargo, el sentido de emplear este término era para recordarles que fueron extranjeros y distinguirlos como “los indios”.

Fabián Remache Yamberla, miembro de la comunidad, no vivió esos momentos, pero recuerda los relatos de su abuelo y la actitud que tomaban por lo mismo ya que “suponían que hasta la ignorancia era curiosa porque decían que Ecuador son todos

mechudos, son todos igualitos, 'váyanse para su Ecuador', molestaban así". Considera que de cierta manera el término 'ecuatoriano' era una forma de reconocer sus orígenes y eso permitió que fueran únicos en esta nueva comunidad a la que se integraron.

Por su parte, Samuel vivió discriminación de sus compañeros en las aulas, donde sentía que el trato era cruel e incluso de los profesores.

"A nosotros nos trataban muy duro y los profesores como eran del municipio también. 'Hijos de ecuatorianos' (nos decían), cualquier excusa era válida para querer ofender y humillarlo a uno", recuerda.

Claudio Rodríguez, gerente de Asuntos Étnicos y Comunidades LGBTI de la Gobernación de Cundinamarca, conoce a la comunidad. Esta dependencia realizó el año pasado un diagnóstico de la situación sociodemográfica de los kichwas sesquileños. Acerca de la discriminación, el 9% de los miembros del cabildo aseguró que enfrentó agresiones físicas, mientras que un 3% denunció agresiones verbales.

"Esta discriminación es casi natural en todos los grupos étnicos, pero fíjese que para caso kichwa no es tan grave, sin embargo, no deja de ser un poco de cuidado de que esta cifra no sea un cero por ciento", explica Rodríguez.

Perdiendo su esencia

Según explica Samuel, pese a que su comunidad tiene características muy arraigadas de los kichwas otavaleños, otras se han ido abandonado por sus creencias religiosas o la mezcla de culturas.

'Papá Juan' recuerda que mantenían su cabello largo, finalizando en una trenza, pero esto lo han ido perdiendo por la interacción con otros pueblos y la comodidad. Lo que sí no puede faltar es la conmemoración de fiestas 'sagradas' para los indígenas como el Inti Raymi y el Pawkar Raymi. El año pasado, en un coliseo de Bogotá, se reunieron miembros de este cabildo para la conmemoración del Inti Raymi. Con un zapateo constante marcaban el ritmo de la música que salía de sus instrumentos, el primero en ingresar fue 'Papá Juan', quien con su guitarra y una armónica anunciaba el inicio del baile.

Tras él, lo seguía casi una decena de músicos también con guitarras, tambores y hasta violines. En su mayoría, hombres, que vestían trajes de 'gala', una ruana, camisa blanca con bordados hispánicos y pantalones blancos.

Las mujeres, en cambio, robaban un mayor protagonismo con sus trajes folclóricos. Cubiertas casi en su totalidad por sus largos anacos (tela utilizada como falda) y sus camisas también con bordados precolombinos, se destacaba en cada una un cinturón (chumbi) de diferentes colores, que las hacen únicas. Sobre sus cuellos, el adorno que atraían las miradas eran las innumerables gualcas, collares finos dorados vinculados al maíz. Varias de estas mujeres se colocaban manillas, que simboliza la fuerza de las mujeres para trabajar la tierra. Lo que ambos tenían en común eran las alpargatas negras o blancas, zapatos hechos de tela y cabuya, cuyo choque contra el piso retumbaba en el coliseo.

Mientras la música copaba el coliseo, en el medio de la cancha los kichwas formaban un círculo. El eje de esa coreografía era 'Papá Juan' que era rodeado por los asistentes y acompañado por los músicos.

En varios videos que circulan en internet se observan las presentaciones de músicos otavaleños o con orígenes de esa ciudad como Leo Rojas, quien ganó un concurso de talentos en Alemania. La música es parte de la comunidad kichwa.

Fabián, de 28 años, aclara que los kichwas tienen dos opciones para dedicarse: comerciante o músico, cuyo aprendizaje es empírico. "En el trabajo, mi abuelo se ponía a tejer y él con su silbido y su cantar amenizaba su propio trabajo. Eso se va quedando y es mi primera conciencia de la música".

En esta fiesta, además, organizan campeonatos deportivos y se prepara comida otavaleña como el hornado (cerdo cocinado al horno) y la tradicional chicha, bebida fermentada del maíz. "En el Inti Raymi no adoramos al dios Sol sino que participamos de una fiesta que para nosotros es más cultural", dice Samuel.

Aunque por su identificación cultural, la comunidad realiza estas celebraciones, dentro de su cosmovisión se han adaptado al dogma religioso mormón. La mayoría de los miembros de la comunidad son de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Vargas explica que esto fue lo que más le sorprendió del cabildo. El consumo de chicha es importante para muchas comunidades indígenas a nivel ceremonial, pero en

los kichwas de Sesquilé la religión permea este aspecto cultural. “Con ellos es complejo porque ellos no toman chicha, pero le siguen brindando el valor simbólico y ritual aunque no la consuman; y si la consumen no la dejan fermentar tanto porque hay una concepción religiosa del mormonismo que consumir alcohol es totalmente negativo”, señala.

La adaptación de las costumbres y tradiciones es una dinámica que cada cultura tiene ya sea ancestral o no. Un ejemplo es cómo han ido cambiando las costumbres que tenían nuestros abuelos y que en el presente están en desuso con el desarrollo tecnológico.

Para los kichwas de Sesquilé, la persona encargada de mantener la cultura viva son las mujeres. En el reglamento del cabildo, publicado por el Ministerio del Interior, reconocen el papel de la familia ya que en ella está la función de corregir en primera instancia. “En los primeros años considero que es muy importante el papel de la mamá”, cree Samuel.

Sobre ella recae el cuidado de los más pequeños o vestir objetos como las gualcas, pese a no tener en sí la vestimenta completa como en las fiestas.

Fabián recalca que “el hombre es el que manda, aunque mande mal, la mujer es la que ejecuta todo ese proceso de intercambio social y a la que más se evidencia que no lo va a perder jamás”.

El rol de la mujer es claro y cada vez asume más protagonismo dentro del cabildo. En la elaboración del plan de desarrollo 2016-2019 de la Alcaldía de Sesquilé, quien representó a la comunidad en el Consejo Territorial de Planeación fue una kichwa. No siempre fue así y aún en los primeros pobladores está vigente como recuerdo que las mujeres deben dedicarse a las tareas domésticas.

“El papel en mi tiempo, mujer trabajaba, pero más era cuidar los niños”, expresa ‘Papá Juan’.

Con el tiempo esta comunidad ha ido creciendo, desde los primeros pobladores ya casi alcanzan la centena. Aunque los kichwas de Sesquilé han tratado de evitar el mestizaje priorizando la relación entre las familias de la comunidad, este proceso ha sido inevitable. Hasta la segunda generación, a la que pertenece Samuel, este proceso no se daba. Él se casó con la hija de 'Papá Juan', quien a su vez era su tío.



Con este telar, Juan Cushcagua forjó su futuro.

Actualmente cuando pasa el mestizaje, el nuevo integrante decide si quiere ser parte de la comunidad, pero no siempre esto es posible ya que el 'mestizo' o 'misha' no acepta. "La idea es que se casaran de la misma etnia... es difícil controlar eso", dice Samuel.

En la memoria de Juan aún está presente el primer caso dado entre un kichwa y una colombiana. "Lo que pasó fue que la colombiana se enamoró del ecuatoriano, pero era como un juego porque le hizo quitar su cabello y el otro tragado le hizo caso. Al final se separaron y entonces comenzó así", relata.

En el 2017, de acuerdo con el censo poblacional del cabildo, el 54% de miembros de la comunidad son de sexo femenino. Mientras que por edad, el 46% de la población tiene una edad entre los 21 y 60 años, y los menores de 12 años suman un 28%.

Luego de la primera generación de indígenas kichwas, cuando les preguntan a qué nacionalidad tienen más apego inmediatamente Samuel y Fabián responden que se sienten colombianos. Sin embargo, Papá Juan difiere en esto. "Hay una decisión de no dejarse llevar, yo no vivo de querer hablar como colombiano", asevera.

Los kichwas no se han despegado de su origen ecuatoriano, varios de los pobladores viajan con cierta frecuencia hasta la localidad ecuatoriana, ya sea para visitar a sus familias o por negocios. Aunque traten de formar un arraigo a esta población, la distancia geográfica se marca en las nuevas generaciones. Para Fabián es difícil pasar el tiempo en Otavalo ya que siente que no es su hogar, pese a tener un arraigo hacia su origen

ancestral, considera que le deben todo a Colombia y a Sesquilé desde la primera generación.

“Cuando estoy allá me siento extraño. No con la familia, pero el mismo acento cambia y ya no se entiende cierta terminología. Es muy confuso cómo funcionan las palabras y hasta eso uno no se acostumbra allá”, señala.

El idioma, otro problema interno

La diferencia de términos que experimenta Fabián cuando acude a Otavalo no es un problema ajeno de los kichwas en Sesquilé. Dentro de la misma comunidad el uso de diferentes términos para referirse a una misma cosa trae malentendidos. Como primera lengua catalogan al kichwa o runa shimi, mientras que como segunda es el castellano.

Una de las metas que tienen es que su lengua no se pierda y que al contrario se fortalezca, sin embargo, esto es difícil cuando viven en un pueblo castellanizado y cuyo idioma nunca estuvo vinculado con el kichwa. El mestizaje es otro de los impedimentos para que la lengua se difunda continuamente. Fabián recalca que para la interacción entre un mestizo y un indígena kichwa no hay necesidad de utilizar su idioma.

“Si yo salgo de aquí, hablo en castellano con la muchacha porque me va a entender. Le hablo a mis abuelos, ellos me van a entender y ellos me lo van a decir a mí, me van a hablar en kichwa lo que más puedan hasta mi generación, pero de ahí para los que vienen, háblele y ellos no entienden nada”, precisa.

Por iniciativas de las organizaciones indígenas se unificaron palabras utilizadas en varias regiones del continente donde también se habla kichwa. La primera generación que llegó a Sesquilé alcanzó a desenvolverse con la simplificación del idioma. Sin embargo, la decisión comunal fue no utilizar este lenguaje unificado, aunque aún se debate en el interior del cabildo este aspecto. “Nosotros hablamos en Asamblea y dijimos también que queremos hablar el idioma otavaleño, pero hay otros sectores que dicen: ‘bueno, también hay que adaptarnos al idioma que ya está oficializado’, que es el idioma kichwa unificado, entonces pues estamos en ese tire y afloja”, explica Samuel.

En su reglamento detallan que esta función del aprendizaje del idioma debe ser papel de la familia, específicamente, el hogar, aspecto rescatado de sus ancestros.

“Estas conductas [relacionadas a la pérdida de la lengua] tendrán como pena mínima 3 fuetazos y la multa oscilará entre 60 mil pesos y 80 mil pesos. Serán sancionadas como graves las siguientes faltas a los padres que no transmitan y/o enseñen a sus hijos el Idioma Propio Kichwa”, se señala en la página web del Ministerio del Interior.

Este aspecto aún no se sanciona porque están en un proceso de adaptación a la ley. La Universidad Nacional de Colombia, en el marco de financiamiento del programa de extensión solidaria, ejecutó en el 2015 un proyecto para la elaboración de un videojuego que enseñe el idioma kichwa. Con el título de ‘Aplicación móvil para la preservación y el fomento del uso de la lengua tradicional de la comunidad kichwa de Sesquilé, Cundinamarca’, miembros de Ciencias Humanas, Diseño Gráfico y desarrolladores vinculados al ViveLab Bogotá, trabajaron con la comunidad para determinar los aspectos a resaltar de los kichwas.

En una entrevista para ViveLab Mateo Rojas, diseñador del videojuego, explica que con el equipo desarrollador buscaban interesar a los niños y jóvenes en su propia lengua y costumbre. “Nuestro interés principal en el proyecto es lograr darle continuidad a la lengua y a las costumbres kichwas”, dijo.

El videojuego recrea mediante diez puntos el trayecto que emprendieron miembros del Cabildo desde Otavalo hasta llegar al pueblo cundinamarqués. En cada una de las estaciones se aborda una temática diferente como el mercado, la naturaleza, entre otros.

Para aprender el idioma se propone inicialmente una canción en kichwa en forma de karaoke, luego con varias palabras que salieron en el tema musical se debe seleccionar la figura correcta de su significado. En una tercera actividad se ordenan las letras para completar una palabra y finalmente ordenar una frase.

Pese a su interacción, la aplicación dentro de la comunidad tiene sus reparos. Samuel indica que hay personas que la han utilizado y los ha ayudado, pero también encontraron problemas como el tamaño de la aplicación y la falta de acceso a internet o a un teléfono inteligente.

Vargas recuerda que durante su visita a la comunidad el idioma fue una de las principales preocupaciones que rondan a los kichwas. “Tienen un miedo supremamente

grande a que las generaciones que vienen pierdan la lengua, pierdan cómo comunicarse en kichwa y eso es algo que los mayores tratan de hacer”, añade.

La respuesta ante este problema parece estar dentro de la misma comunidad, pero a la vez tan lejos. Fabián sabe que son minoría dentro del sistema educativo de Sesquilé por lo que no se justificaría la inclusión de una cátedra que enseñe el kichwa. Sin embargo, ellos no se pueden quedar con las manos cruzadas. Aunque la familia es el primer pilar para inculcar la lengua, al no tener una unificación en las palabras que utilizan esto se dificulta.

“Por lo que yo peleo es que si se enseña, se enseñe bien, o traigamos un maestro de Ecuador, un propio lingüista kichwa que aquí nos dé talleres o no hagamos nada porque para eso tenemos nuestros abuelos en nuestras casas, hablemos con ellos, unamos nuestros lazos familiares a través de la lengua por lo menos, si está la figura del papá y el abuelo por lo menos que son el primer maestro que podemos tener y no nos cuesta nada”.

Un futuro incierto

Los kichwas de Sesquilé ya tienen un instrumento en el que se dirigen hacia donde quieren proyectarse. La elaboración y presentación de su plan de vida, en el primer trimestre del 2018, es el culmen de un proceso de organización, pero a su vez es el inicio de un sinnúmero de oportunidades de desarrollo y divulgación. En este mismo documento identifican que su mayor riqueza, como es el trabajo, también es su mayor debilidad ya que “los indígenas que empiezan a entender el valor del dinero, se olvidan de capacitarse”.

Allí también están concentrados los proyectos que enfocarán su trabajo para el bien de su comunidad colombiana. Rodríguez precisa que desde el año pasado esta comunidad ha recibido ayuda por parte de los organismos gubernamentales. Asegura que el año pasado le entregaron lanas e hilos por un costo de cuatro millones de pesos.

“Hay un proceso de acompañamiento técnico continuo para la promoción de proyectos como ya sabemos qué proyectos o hacia donde van ellos, para nosotros es más fácil, entonces digamos que la inversión en esta comunidad ya supera aproximadamente 30 millones de pesos en menos de dos años”, indica y aclara que el desarrollo de proyectos depende netamente de la iniciativa de los kichwas.

El desafío principal será la implementación de su cultura en los distintos procesos formativos del municipio y su valoración dentro del entorno. “Yo creo que con el paso del tiempo, el enfoque que se van a concentrar ellos es en el fortalecimiento de una educación etnocultural para las futuras generaciones”, dice Vargas.

Debido a los movimientos migratorios que realizan los kichwas por sus negocios, sus costumbres seguirán transformándose. El deseo de ser parte activa de un país en el que no nació su cultura y tampoco pertenecer a otro de donde salieron sus ancestros, parece ‘pasarles factura’.

Los kichwas de Sesquilé, según su plan de vida, aspiran a que en el 2050 ya sean una comunidad, fortalecida en una economía propia, identidad y cultura. Para llegar a esto proponen la creación de escuelas de liderazgo, transmisión cultural, música y danza, también pretende elaborar un recetario de comida y construir un jardín infantil junto con una casa para el cabildo, entre otros proyectos.

Estas son metas prolongadas, pero todo dependerá de la corresponsabilidad que tendrán las nuevas y las primeras generaciones para no permitir que se pierda sentido cada uno de los elementos que representan a los otavaleños colombianos, lejos de su lugar ancestral.